

La fealdad y el arte

El otro día hice aquí mismo el elogio de la fealdad. Porque la fealdad natural es la vida. No es que la vida sea fea. Comprender la natural fealdad de la vida es comprender su belleza; se trata de una falsa fealdad. La verdadera fealdad es una manera fea de ver la vida. Una manera inauténtica, un amaneramiento debido al arte. El arte antiguo, y esto resulta su gran defecto, no ninguno de los que se le achacan ahora, veía la vida en belleza. La literatura antigua ha exaltado alguna vez a una mujer exaltando su fealdad (no es el caso de Cleopatra, que viene enseguida, por contraste, a la memoria, de quien, al contrario, la ha ocultado arteramente, incluso Pascal creía en su belleza, error sin importancia, lo que le hizo decir que la nariz de Cleopatra, si hubiera sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra, error grave, desconocimiento profundo y total de la historia. Feo o guapo, el físico de Cleopatra no podía cambiar más que la historia sexual de ésta. Por lo que hoy se sabe, era una oriental fea y cálida, muy atractiva, con mucho *sex appeal*, para decirlo de modo indecente ahora permitido, que traía revueltos a los generales romanos, como siglos después la criolla Josefina a los generales y políticos franceses del Directorio.

Uno de los aspectos modernos de Cervantes es que habla de las mujeres sin ocultar, cuando le es propio, el desagrado físico de normas y olores, e incluso poniéndolo de manifiesto, sin escatimar su genio expresivo. Mas a pesar del genio expresivo de Cervantes, no vemos, tal es la calidad de la literatura, en las páginas del *Quijote* una encarnación ofensiva de Maritornes, nos la imaginamos al pasar, ligeramente. Las artes que podrían darnos semejante encarnación, la pintura y la escultura, no tienen una Maritornes clásica. Tienen rostros femeninos, como también rostros masculinos,

de espanto y horror, ademanes terribles, cuerpos monstruosos, pero ni las furias griegas ni las gárgolas y los grotescos de las catedrales, ni los condenados del Breughel del infierno ni los enanos de Velázquez (ni siquiera la enana que juega con el perro en el cuadro de *Las meninas* y que es la que más podría ser, aunque no por su vestido, una Maritornes, son representativas de la fealdad natural. Si esta representación existe en la pintura o en la escultura, asimismo la que aparece en la literatura anterior al siglo XIX, es como excepción que se puede explicar, es decir, que confirma la regla. En el siglo XIX, todavía Goya, a quien hoy vemos proyectado sobre el porvenir hasta el surrealismo, tampoco pinta la fealdad natural de la mujer, acaso pinta lo feo como al descuido en algún hombre, en algún rincón. Sus brujas y sus viejas son las clásicas. Los mascarones que saca de algunas damas, incluso de la reina en el retrato de *La familia de Carlos IV*, son los mismos que pone a la gente del pueblo en sus procesiones y en sus carnavales. Son eso, mascarones, caricatura. Ha de llegar el naturalismo para que los pintores se pongan a pintar mujeres feas, desdeñando a las bellezas. Las mujeres bellas empiezan, entonces, a ser consideradas en el arte como un amaneramiento.

Sin embargo de tal desdén y de todo lo que han hecho después la pintura y la escultura son los seres y las cosas, hoy, si no en estas artes, que la mayoría de la gente no conoce y la minoría que las conoce las mira como algo aparte, continúa dominando aún la representación de los seres y las cosas supuestos como si fueran bellos. Las revistas ilustradas y las películas no son pecaminosas porque presenten a las *vedettes* más o menos desnudas, picarescas e incitantes, sino porque dan una idea falsa de cómo es naturalmente la mujer. El adolescente no puede menos de sentir una decepción más chocante cuando conoce como hombre a una mujer de carne y hueso.

Un amigo mío, ciego de nacimiento, recobró la vista a los veinte años; yo solía decirle: "Podrías escribir un libro que no se ha escrito nunca, contando sin bordarlo ni exagerarlo el choque que debió producirse entre lo que viste al abrir los ojos y lo que habías pensado de ello mientras los tuviste cerrados, es decir, durante toda tu vida hasta entonces; el capítulo más inaudito supongo que sería aquel en que contaras la idea que tenías de la mujer y lo que te pareció al verla. Y siempre contestaba como hubiera contestado

cualquiera que, sin haber estado ciego, hubiese supuesto que estaba en el caso de mi amigo, tan aplastantes son las frases hechas, las ideas y las maneras de sentir hechas para aplastar la espontaneidad, la autenticidad del hombre: "Sentí una gran decepción". Mi amigo no escribió el libro, pero se enamoró y tuvo muchos hijos. Durante algún tiempo lamenté que no escribiera su libro. Ahora pienso que ese libro lo puede escribir cualquiera si sabe ser auténtico. A la mayoría de los hombres les pasa como a mi amigo, cuyo desconocimiento en la adolescencia de la realidad femenina no era tan excepcional. La mayoría de los adolescentes son ciegos ante la mujer, están cegados por la idea de la belleza femenina sellada en el cine o en el museo y sienten la gran decepción la primera vez que conocen a la mujer realmente. La realidad de la vida deforma el cuerpo femenino como deforma el tallo de una planta. Más. Porque la vida del cuerpo humano no es solamente vegetativa.

Los hombres normales, sanos, viriles suelen encontrar fea a la mujer cuando la conocen físicamente por completo. No sé si a las mujeres les pasa lo mismo con el hombre. Pero sé que al hombre le sucede lo mismo con todos los seres y las cosas presentadas bajo el signo de la belleza, si bien es verdad que cuanto más lejanos nos sean los seres y las cosas requieren más sensibilidad para que sintamos el choque de su presencia. En su relación con el hombre, la mujer tiene, además, en contra su inferioridad. Evidentemente, en la especie humana la hembra no es el prototipo de la belleza, como tampoco lo es en ninguna de las especies de animales mayores: en la raza caballar, el prototipo es el caballo, no la yegua; en el ganado vacuno, el toro, no la vaca; en las mismas aves de corral, es el gallo el que luce la cresta, no la gallina. Los griegos en su arte verdaderamente abstracto, geométrico, hicieron esencialmente el mismo prototipo de belleza en las Venus, los Adonis y las Hermafroditas. Afrodita, el nombre de Venus, significaba, en la Antigüedad más remota, lo que luego ha significado Hermafrodita. La Venus de Milo es francamente un Hermafrodita con senos. La belleza de la mujer para al hombre de verdad, no se halla en semejantes representaciones, sino al contrario, en su recato, en su misterio.

(*Expreso*, 31 de enero de 1962)